

Nacionalismo y religión

Luis Capilla

Miembro de Acción Cultural Cristiana

La pasión política es la más difícil de vencer
(Balmes)

Han sido los románticos —a principios del siglo XIX— los que han señalado que cada pueblo se distinguía de los demás por su idioma, cultura, tradiciones y que estas características debían desarrollarlas para cultivar la propia identidad. En ese clima es en donde nace el espíritu nacionalista.

El nacionalismo es un caldo de cultivo muy adecuado para apreciar lo propio y menospreciar lo ajeno, talante muy negativo en su dimensión ética, económica, cultural, pero sobre todo en su dimensión religiosa, pues ese talante es la negación del talante ecuménico.

Fue Maquiavelo quien elaboró la forma moderna de gobierno: el *Estado*, que en toda Europa se constituye como una fuerte y compleja forma de organización política.

La tensión que se genera entre la nación y el Estado llega a ser una doctrina clara, de tal modo que muchos europeos llegan a creer que la única forma de vertebrar la vida política es el Estado Nacional. Esto implica que cada nación debe adquirir independencia política.

Pero la realidad —en este caso la realidad histórica— es mostrenca. Y la división política de Europa —a quien le falta geografía pero le sobre historia, al revés que a los EE. UU.— no respetaba el dogma nacionalista del *Estado Nacional*: Gran Bretaña incluía a Irlanda y Escocia; los alemanes y los italianos con poblaciones que tenían la misma lengua, tradición y cultura, vivían divididos políticamente en diversos reinos y principados. A España se la conocía como «Las Españas». El país europeo donde más coincidía estado y nación era Francia.

Y así, en los estados plurinacionales estallan fuertes tensiones políticas en las que cada pueblo se moviliza para obtener su independencia política. Y en los estados nacionales el problema es transformar la unidad política en una unidad económica, administrativa y cultural, venciendo las resistencias regionales.

La división de Europa en base a fuertes Estados y reivindicaciones nacionales crea grandes problemas a

la Iglesia que, por definición, reúne en una única comunión a hombres de todas las naciones y no puede identificarse con la política de un estado o nación.

Por eso ha tenido que resistir a los intentos estatales de controlarla organizando «iglesias nacionales» que tienen también la tentación —lo mismo en el orden político— de hacerse independientes de Roma.

El Nacional Catolicismo

Quizás la forma más sutil y peligrosa de relacionarse el nacionalismo y la religión sea la de una identificación entre las dos realidades. Existe «un proceso de relación dialéctica entre el factor católico y la sociedad española por la cual se establece una identidad entre lo nacional español y lo católico» o, como dice González Anleo, se instaura un fenómeno por el que una sociedad «renuncia a una serie de tareas que le son propias y las encomienda, o al menos las comparte, con una institución religiosa: la Iglesia Nacional... proceso múltiple y confuso de impenetración, sustitución e instrumentalización».

Ese proceso lleva implícito otro de marginación no sólo de anticatólicos, sino también de los católicos que no asumen esa identificación.

Dice Díaz-Salazar que

«el nacional-catolicismo basa lo fundamental de su contenido en la firme creencia de que la esencia de la nacionalidad española es el catolicismo, sobre todo el concretado históricamente en el siglo XVI, cuyas esencias nacional-católicas se conservan en el tradicionalismo. Desde este presupuesto se deriva la necesidad de un confesionalismo católico total, una fusión de los sistemas político y eclesial, el control social de la Iglesia sobre la sociedad, la moral, la ideología, la participación prioritaria de la Iglesia en el presupuesto económico nacional, y el establecimiento de la Iglesia como organismo estatal».

Recordemos la presencia en las Cortes de algunos obispos españoles. Y, previo a todo esto, la elaboración teórica de Donoso Cortés, Ramiro de Maeztu, el P. Ayala, Ángel Herrera... Menos mal que —a pesar de todo—, no llegó a cuajar en España un parti-

do demócrata cristiano como ocurrió en Italia y Alemania.

En su obra *Idea de la Hispanidad*, García Morente llega a decir que lo nacional y lo religioso no se superponen sino que se «compenetran en unidad consustancial» llegando a afirmar que... «en Francia la religión no es consustancial con la nacionalidad. Se puede ser francés, buen francés y no ser católico. En España, en cambio, la religión católica constituye la razón de ser de una nacionalidad que se ha ido realizando y manifestando en el tiempo a la vez como nación y como católica, no por superposición, sino por identidad radical de ambas condiciones».

José María Vinuesa, en su interesante y documentado libro *Los nacionalismos* dedica el capítulo X a tratar la relación entre nacionalismo y religión. Una religión que califica de impía, ... que es más bien una ideología sectaria que religiosa.

«... Los nacionalismos —dice— sólo se interesan por los Derechos de los pueblos que, frecuentemente se esgrimen contra aquellos individuos de ese pueblo que no son nacionalistas. Pero, además el nacionalismo —aunque conserve un cierto aire devoto y venerador— es una práctica radicalmente impía: el culto mitificador a los antepasados no puede priorizarse sobre la solidaridad práctica con extraños que la necesitan. Hay que construir un futuro humanizado en el que los extranjeros vivos sean más importantes y reciban más cuidados que los muertos propios».

Ahora que tenemos trágicamente planteado el fenómeno de los inmigrantes recordamos aquel cartel expuesto en una gran ciudad alemana:

«Tu Cristo, judío. Tu coche, japonés. Tu pizza, italiana. Tu democracia, griega. Tu café, brasileño. Tus vacaciones, turcas. Tus números, árabes. Tu escritura, latina. Y tu vecino ¿sólo extranjero?»

Terrorismo y religión

Es un hecho verificado por la historia que el terrorismo y la religión están muy imbricados. Sobre todo cuando el fundamentalismo clava sus raíces en lo religioso o en lo político.

Es verdad que «la síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura sino también de la fe». Porque «una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida».

Inculturarse es algo necesario para que la fe sea aceptada. La encarnación es el primer paso para que luego se dé la redención, pero hay «valores» que por no ser valores, sino contravalores, no sólo no ofrecen posibilidad de ser aceptados, sino que lo único que merecen es ser combatidos. El caso más claro en relación con el nacionalismo es cuando éste utiliza como medio para su implantación el terrorismo.

Conviene recordar que la encarnación es siempre hacia abajo. Hacia los débiles. Hacia las víctimas. Ha-

cia el Sur. Y eso supone combatir a los de arriba. A los fuertes. A los verdugos. A los del Norte. Es decir, a los «nuestros». Algo que no es precisamente muy fácil. Porque una cosa es encarnarse y otra —muy distinta— encarnecerse.

Se encarnan los misioneros que desde culturas, tradiciones y modos de vivir distintos, aceptan y aprenden el idioma y adoptan la cultura de los pueblos que intentan evangelizar. Se encarna el terrorista que asesina al «extranjero».

«Me duele Euskalerría» titulaba el recientemente fallecido P. Javier Gafo, director de la Cátedra de Bioética de la Universidad de Comillas, un artículo en el que señalaba que en un debate de la televisión alemana, el presentador acabó recomendando a un participante abertzale que debía «activar las conciencias y desactivar las bombas».

«Uno no acaba de comprender —decía el P. Gafo— que haya vocaciones sacerdotales centradas en la lucha por la defensa de la cultura vasca —sin duda sumamente valiosa y respetable— y que, en alguna forma, pase a segundo plano la preocupación por la profunda descristianización que está afectando a un pueblo que tenía fama de ser el más católico de nuestra piel de toro...»

Pero gracias a Dios, «Algo se mueve en la Iglesia vasca», escribía Rafael Aguirre, catedrático de teología de la Universidad de Deusto, y señalaba los tres puntos más significativos de la concentración en Vitoria del 13 de enero, convocada por los obispos de las diócesis vascas y navarra.

1º. Una defensa de la dignidad de la persona humana, que conlleva una tajante condena del terrorismo sin establecer equidistancias con otras supuestas violencias ni vincularla con ningún tipo de problema político.

2º. La reiterada petición de perdón a las víctimas porque se reconoce que la actitud de la Iglesia durante estos años ha dejado mucho que desear.

3º. Se optó por una intervención específicamente religiosa renunciando a análisis y propuestas políticas... el de Vitoria fue un acto de oración. Orar no es pedir a un ser superior que modifique el curso de la naturaleza ni que supla o suplante las responsabilidades humanas.

La Iglesia vasca acierta si abandona la pretensión de buscar la presencia social a través de un discurso ideológico, además sesgadamente partidista, y subraya que el valor de la persona humana, la defensa de la libertad de los amenazados y la solidaridad con las víctimas precede a toda consideración política y es una exigencia absoluta de la fe cristiana».

Y es que el lenguaje religioso es prepolítico, ni retórico ni ambiguo, sino claro y contundente cuando está en juego la dignidad humana.

Vascos y españoles tenemos dos personajes que iluminan la realidad histórica —también la de este momento—: Unamuno, el gran pensador que nos dejó como legado el «Me duele España» y San Ignacio de Loyola, que fue calificado como el «vasco más internacional».